

y funcionamiento social, en todas las dimensiones y estructuras de la modernidad y a tenor de todas las religaciones del hombre actual, cada vez más responsable y comprometido en el mundo que él crea, constituye, administra y reforma. E) Subrayar cómo el cristianismo, en cuanto mensaje social estricto (teología y filosofía de las relaciones interhumanas), es un término medio entre dos totalitarismos utópicos, impotentes y aparentemente prevalentes en la escena mundial de hoy: individualismo occidental insolidario; colectivismo oriental centrifugador de la persona. Por eso es por lo que el personalismo cristiano es esencialmente comunitario: «Sin prójimo y sin comunidad, el individuo se esteriliza y la sociedad se hace invertebrada». De ahí la importancia que el cristianismo ha dado desde sus mismos orígenes a las comunidades y asociaciones espontáneas: sinagogas, «iglesias» y «anteiglesias»; ágapes, consejos o concejos; familia y «gentes»; gremios, corporaciones y sindicatos... Es esta una dimensión del catolicismo que me parece particularmente sugestiva en el momento sociopolítico mundial actual y convendría desarrollar a fondo. F) Recordarnos cómo la vida de Cristo y de sus inmediatos colaboradores fue «trabajo», pero trabajo en cuanto dedicación personal plenaria a la propia tarea de cada hombre en cuanto cocreador con Dios y co-responsable del mundo y de sus hermanos los hombres. No un trabajo esclavizador y desesperado como en la tradición romano-germánica tradicional, sino ese trabajo de la tradición judeo-bíblica, que es a la vez bendición, ocupación, acción de gracias, producción y contemplación: «servicio apasionado a Dios y al hombre conjuntamente». En nuestra civilización laboral y sindicalista esto es decisivo.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

NIEBHUR, R.: *Ideas políticas*. Instituto de Estudios Europeos. Barcelona, 1965. 410 págs.

Si se quiere saber cómo piensa un hombre norteamericano, cristiano y democrático, el libro de Niebhur puede proporcionarle ampliamente una respuesta. En él se refleja con claridad la ideología que flota en ciertos ambientes norteamericanos: el pesimismo a la vista de los acontecimientos políticos contemporáneos, su fe inquebrantable en una democracia que debe ser fundada en la ética del amor cristiano, su preocupación por la enorme responsabilidad moral que le ha correspondido a la nación norteamericana en el destino de la civilización occidental. Correspondiendo a cada uno de estos problemas, se divide su obra en tres partes: la crisis, el carácter de la política y la política contemporánea.

Se ha producido la crisis por el abandono de la *fe cristiana* y su relleno por otros tipos de creencias que nunca podrán compararsele. Tipifica tres de estas creencias: las *creencias liberales*, que consideran a la sociedad evolucionando hacia una comunidad universal y hacia una armonía sin fricciones de toda vida social; las *creencias marxistas*, que creen en idéntica consecución, pero con una idea más explosiva que evolutiva de los métodos a emplear para lograrlo, y la *creencia fascista*, que se distin-

gue de los dos primeros credos por su nacionalismo, su particularismo y su cinismo (pág. 14).

El carácter de la política debe, pues, venir dado por un retorno a los *valores cristianos*. Se trata de un cristianismo que es perfectamente viable para servir de base a toda construcción política y resolver ciertas cuestiones—lo cual ya constituye la tercera parte de sus escritos—de la política internacional del modo más acertado.

A lo largo de toda la obra se respira un pesimismo que alcanza cierto grado de reacción contra la evolución de la humanidad en el sentido que hasta el presente se venía desarrollando. «El futuro se presentará muy azaroso—leemos en la conclusión—si no reanimamos nuestra capacidad para llevar a cabo nuestras creencias cristianas. Ello no significa renuncia a la lucha contra los enemigos de nuestras creencias, sino encauzarla por nuevas rutas más de acuerdo con los criterios que nos brinda la fe cristiana. Ello supone, aun en un conflicto con un enemigo con el que tenemos poco en común, la posibilidad y la necesidad de vivir en un ámbito de significaciones en el que la urgencia de la lucha se subordine a un sentido de la vastedad del drama histórico en que nos vemos conjuntamente implicados» (pág. 404).

El capítulo 11 trata de algunas cuestiones que parecen más próximas a la filosofía del Derecho. Allí se afirma que la *genuina comunidad* no encuentra su fundamento en la mera convicción racional de que nos necesitamos los unos a los otros, por mucho que esto se apoye en una verdad. La genuina comunidad encuentra tan sólo su madurez cuando la albergada convicción de necesitarnos los unos a los otros se siente complementada por el reconocimiento de que los otros (aquellas otras formas de vida o aquella otra definida comunidad) significan un límite en que nuestras ambiciones han de detenerse y las fronteras que nuestra vida no debe traspasar. Los fundamentos de la comunidad humana no radican en la lógica, sino en el *amor* (pág. 151). Es el amor el que debe reconocer la libertad de otros grupos humanos y de otras ideologías, sin que ello implique el que esté vedada una eficaz elección entre movimientos políticos rivales conforme a nuestros criterios y valores.

Los escritos de Niebhur sacan de nuevo a la pública discusión la relación entre religión y democracia. El que existe una relación entre ambos o el que existió en determinados momentos históricos es algo que parece reconocerse hoy generalmente. No es tan clara ya, sin embargo, la respuesta al específico problema de si la democracia puede salir adelante sin impulsos religiosos. El método científico del *relativismo axiológico* no da una solución tan tajante como la que parece desprenderse de los escritos de Niebhur. Si el autor se aventuró a una posición más radical, debe encontrarse su fundamento, no ya en razones científicas, sino en motivos de índole particular, como pudieran ser sus propios sentimientos religiosos o sus simpatías políticas.

ANTONIO EZEQUIEL GONZÁLEZ DÍAZ-LLANOS.